

El teatro «Comedia», de Barcelona, ofrece al público una de las peores obras del Tennessee Williams. No obstante haber sido galardonada con el Premio Pulitzer y con el de los Críticos de Nueva York, «La gata» («Cat on a hot tin roof») es un melodrama impresentable, una muestra del peor gusto y de una sensibilidad enfermiza. La obra no merece muchos comentarios. Ni más ni menos se trata de literatura folletinesca, con las consabidas dosis de dramatismo facilón, en este caso aderezado por un insinuado problema de homosexualidad y un patente problema de desarreglo matrimonial. Junto a esto, la amenaza de una enfermedad que no perdona y una familia que espera heredar...

Con tales ingredientes, Williams ha compuesto una pieza antológicamente detestable. Una pieza que sólo se aguanta por la indudable fuerza teatral que tiene todo lo que este autor escribe. No le voy a negar a que es uno de los mejores conocedores del teatro. Pero sí le voy a negar — y conmigo cualquier espectador — que «La Gata» sea digna del «Zoo de cristal», pongo por caso. Los jurados que concedieron a esta obra los famosos premios susodichos, se lucieron. Premiaron un folletón carente de todo interés, ajeno por completo a la literatura dramática y a la calidad que en otros momentos Tennessee Williams, nos guste o no su teatro, nos guste o no su sensibilidad, ha ofrecido a las tablas.

Tal vez en Norteamérica interese ese folletón teatral. Aquí, positivamente, no. No interesa a pesar de que el teatro se llena. Es decir, no interesa en los medios que pueden y deben avalar la bondad de la obra. Las características folletinescas de «La gata» hacen que el llamado público de «la galería» — público que se encuentra también, claro está, en el patio de butacas — vea con gusto esta obra. La vea con gusto, la aplauda y la recomiende. Sin pretender situarme en el lugar de «los selectos» a mí la obra me aburrió soberanamente. A mí y a muchos otros espectadores.

Aurora Bautista hace lo que puede con un personaje desdibujado y cuya actitud ora es la central en la obra, ora es meramente lateral. Antonio Prieto consigue los únicos momentos de excelente interpretación que es dado ver en «La gata» — aun cuando se trate de unos momentos cursilones y que sólo un buen actor puede a veces, como ahora ocurre salvar. Pero ni aún así la obra consigue una calidad que no tiene. Tennessee Williams maneja efectos de consabida resonancia dramática. Sus caminos de efectividad emocional son facilones y al

espectador consciente le sorprende tanta ingenuidad acompañada de un gran oficio teatral.

No todo lo extranjero es de primera calidad. No todo lo de los conspicuos autores es siempre bueno. El éxito de «La gata» se explica más por razones extrateatrales que por auténticas exigencias escénicas. Y es lamentable ver que obras de este cariz triunfan plenamente. Algo anda mal en la sensibilidad de nuestro público, un público que ha perdido, en general, el gusto por el buen teatro y se complace en morbosidades adocenadas, que ni siquiera están presentadas o justificadas con verdadero ingenio.

El talento de Williams como elaborador del difícil juego escénico, no logra hacer aceptable esta producción carente de ambiciones. Se ha dicho que el teatro de Williams es intrascendente porque a Williams no le interesa el prójimo. Me parece una buena observación. «La gata» así lo demuestra. En ningún momento, la obra cobra altura significativa: todo queda reducido a unas desagradables escenas íntimas de familia. Y el espectador se siente intruso en un ambiente demasiado realista para ser válidamente artístico, para poseer importancia humana.

ENRIQUE BADOSA

### Correo de las Letras

## TOSSA

EDITORIAL AYMÁ

*Se trata en esta ocasión de un volumen ricamente editado, cuyas páginas descubren todo el encanto de la sin par población marinera de «Tossa» hoy uno de los puntales de la floreciente Costa Brava.*

*La presentación así como las notas geográficas, arqueológicas e históricas son debidas a los hermanos Ainaud de Lasarte, y en la segunda parte del volumen se nos presentan magníficas fotografías, en un total de más de cincuenta, en blanco y negro y color, captadas con suma agilidad por F. Fazio M.*

*En conjunto pues, «Tossa» resulta un libro sencillamente interesante, máxime cuando se trata de la exaltación de un pueblo de nuestra provincia conocido hoy ya internacionalmente. En el aspecto bibliográfico es un gran acierto, un verdadero libro que eterniza la presencia de esa cosmopolita, bulliciosa y animada población de nuestro litoral, digno de figurar en las mejores bibliotecas.*

Fidemar

La Real Academia de la Lengua, a consecuencia de una petición de su miembro, Don Camilo José Cela Trullock, ha acordado elevar oficialmente el habla gallega a la categoría de lengua, «arrinconando el concepto de dialecto en que se la tenía hasta ahora».

Uno ha estudiado sus más y sus menos de dialectología hispánica, y ha tenido ocasión de cotejar el habla con el aragonés y el aranés con el con el charro, etc. Pero siempre tuvo al gallego por una lengua y de las más antiguas y venerables de la Península Ibérica, ya que de sus modelos líricos bebió la incipiente poesía castellana inmediatamente después de sus acometidas épicas, (entre otros motivos).

Pero, en fin, la Real lo dijo y la Real entiende de ello. O sea, que el gallego ha alcanzado reconocimiento oficial como lengua. Por consiguiente esperamos ver muchas publicaciones en lengua gallega, no sólo libros, sino revistas y periódicos. En todo el mundo, cuando un habla determinada alcanza categoría de lengua, se produce un fervor editorial muy estimable. Véase lo que ocurre con lenguas como el galés o el eslovaco.

Lo que choca un poco es el aspecto jurídico de la cuestión: ¿tiene realmente la Real Academia de la Lengua Castellana jurisdicción para decretar semejante cambio estructural? ¿Ha obrado la Real como Academia de la Lengua Castellana o como representante oficial y corporativo del Gobierno español? Es decir, ¿tiene otras atribuciones la docta corporación aparte de las de velar (limpia, fija y da esplendor) por la exclusiva pureza y riqueza del alto patrimonio de la lengua específicamente castellana? El gallego es para los entendidos en lingüística un idioma que convive con el castellano en los accidentes temporales, y del gallego nació en su día el portugués, que en su origen fué un dialecto del gallego, pasando después a lengua en virtud de la estructuración política de una nueva comunidad estatal en la Península. ¿Podría alguien explicarnos si realmente la Real Academia puede decretar cuándo unas lenguas tan antiguas o más — en este caso más — que la castellana, son o dejan de ser idiomas o dialectos? ¿No habrá en todo ello un inocente confucionismo?

J. Vallverdú A.